

para los caminantes ó vagabundos, y Miriam Lane no tuvo reparo en alojar á Enoch, quien permaneció allí retirado durante algunos días.

* * *

Pero la buena de Miriam Lane era en extremo locuaz, y frecuentemente interrumpía las meditaciones del pobre Enoch, dándole á conocer los anales del puerto. El desgraciado estaba demasiado moreno, encorvado y abatido, para que la vieja le reconociera; así es que, sin imaginar quien era el que le escuchaba, refirióle entre otras cosas la historia toda de su propia familia. La muerte de su hijo y la creciente pobreza de su mujer; como Felipe puso á los niños en la escuela y los mantuvo en ella; como quiso casarse con Anita; su tardo consentimiento, y su matrimonio, y el natalicio del hijo de Felipe. Sobre el rostro del desgraciado no pasó ni una sombra, ni un movimiento; cualquiera que le hubiese contemplado hubiera creído que la historia le conmovía menos que á la que la contaba. Sólo cuando ella terminó su narración, diciendo: — « ¡ Pobre Enoch! ¡ pobre hombre! ¡ náufrago y perdido! » — solo entonces movió él patéticamente su cabeza gris, murmurando: — « ¡ Náufrago y perdido! » Y de nuevo, en un murmullo sordo y profundo, exclamó: — « ¡ Perdido! »

* * *

Pero Enoch ansiaba volver á ver el rostro de Anita. —

« ¡ Si pudiese contemplar su dulce semblante y saber que es dichosa! » Ese pensamiento, que no dejaba un momento de atormentarle, le condujo una tarde al collado, donde se hallaba el molino, justamente á la hora en que el oscuro día de Noviembre era reemplazado por el crepúsculo aun más oscuro. Allí se sentó, y púsose á contemplar todo lo que á sus piés se descubría; allí rodaron sobre él un millar de memorias de indecible amargura. Bien pronto, la ventana iluminada que brillaba en la parte trasera de la casa de Felipe, le alucinó por completo; del mismo modo la luz de la valiza atrae el pájaro viajero, quien locamente vuela contra ella, terminando así su fatigosa vida.

* * *

Es á saber que la casa de Felipe, que era la última de la calle hacia el lado de tierra, tenía hacia la calle su fachada; pero á la parte trasera florecía un jardinillo rectangular, rodeado de una pared baja, y con una puertecita que daba al campo. En el centro del jardinillo crecía un viejo árbol siempre verde, un tejo; á su alrededor había un paseo cubierto de menudo guijo, dividido en dos partes iguales por otro paseo central. Enoch entró, y dejando el paseo del centro, subió cautelosamente sobre el muro, y se colocó detrás del tejo; desde allí contemplaron sus ojos un espectáculo que mejor le hubiera sido haber evitado, si es que dolores como el suyo tienen mejor y peor.

* * *

Tazas, cubiertos de plata y otros objetos brillaban sobre el aparador, y en el hogar ardía un fuego alegre y vivificante. A la derecha del hogar estaba Felipe, el desdeñado amante de otro tiempo, grueso, colorado, teniendo á su



tierno niño sobre las rodillas, y al lado de su segundo padre se hallaba de pié una muchacha alta y de pelo rubio, una Anita Lee más joven, pero más majestuosa, teniendo la mano levantada, y de ella suspendida una cinta de seda con un anillo para instigar al niño, quien sin cesar levantaba sus gruesos brancesitos para cogerlo, y nunca lo conseguía, de lo cual se reían todos. A la izquierda del hogar vió á la madre con los ojos fijos en el niño, pero volviéndose á veces para hablar con el hijo de Enoch, un alto y robusto mancebo que estaba de pié á su lado; y sin duda le decía alguna cosa agradable, pues el joven sonreía.

*
* *

¡ Ah ! cuando el muerto resucitado contempló á su mujer, que ya no era su mujer ; cuando vió al niño de Anita, pero no de Enoch, sobre las rodillas del padre, cuando

vió sus propios hijos, altos y hermosos, y el calor, la paz, la felicidad que moraban allí ; cuando vió, en fin, á aquel otro reinando en su lugar, señor de sus derechos y del amor de sus hijos, entonces, aunque Miriam Lane se lo había contado todo, como las cosas vistas siempre parecen mas enormes que las cosas oídas, tembló de tal modo que tuvo que agarrarse á una rama para no caer, y temió lanzar un grito penetrante y terrible, el cual, semejante á la trompeta de ruína, hubiera destrozado en un momento toda la felicidad del hogar.

*
* *

Lenta y cautelosamente, como un ladrón, temeroso de que las ásperas guijas rechinasen bajo sus piés, y apoyándose en la pared por miedo de desfallecer, y caer, y ser hallado, se arrastró hasta la puerta, la abrió, y cerrándola tras él tan suavemente como la puerta de la alcoba de un enfermo, salió al campo.

*
* *

Y allí se hubiera arrodillado, sólo que sus rodillas estaban débiles, de manera que cayó hacia adelante, sobre su rostro, y sus dedos penetraron en la húmeda tierra. — « ¡ Oh ! esto es demasiado terrible para que pueda soportarlo », exclamó. « En hora menguada llegó á mi vista el buque que me ha conducido aquí. ¡ Oh, Dios omnipotente ! ¡ Bendito Salvador mío ! ¡ Tú que me sostuviste en mi isla solitaria, sosténme un poco más tiempo en mi soledad !

Ayúdame, dame fuerzas para no decirle que vivo aún, para no hacerle saber que he vuelto. Ayúdame para que no turbe su paz. — ¿Tampoco debo hablar á mis hijos? No me conocen; pero, si les hablase, no podría contenerme, y me descubriría á ellos sin remedio. ¡ Oh! ¡ no! ¡ nunca! ¡ nunca! ¡ ya no debo esperar el beso debido á un padre, de la joven tan parecida á su madre, ni del joven mi hijo! »

* * *

Entonces palabra, y pensamiento, y naturaleza le abandonaron, y quedó largo tiempo tendido en el suelo como arrobado; pero cuando se levantó y se dirigió hacia su solitaria morada, descendió todo á lo largo de la estrecha calle, repitiendo sin cesar, á la manera del estrambote de una canción: — « No decirle nunca; nunca hacerle saber. »

* * *

No era completamente desgraciado. Su resolución y su firme fé le sostuvieron; sus constantes oraciones, elevándose al través de todo el amargo mundo, como fuentes de agua dulce en el mar, le dieron fuerza para vivir. — « La mujer de ese molinero de quien me hablasteis », dijo á Miriam, « ¿ no teme que su primer marido viva aún? » — « ¡ Ay! ¡ ay! ¡ pobrecita! ¡ bastante miedo tiene! Si pudieseis decirle que le habéis visto muerto, ese sería su consuelo. » Enoch pensó: — « Después que el Señor me

haya llamado á sí, lo ha de saber ella: yo espero á que Él me llame. » Como desdeñaba pedir limosna, se dedicó á trabajar para vivir. Apenas había cosa que no supiera hacer: era tonelero y carpintero, y hacía redes para los pescadores, ó ayudaba á cargar y descargar los barcos que hacían el limitado comercio de aquellos tiempos. Así ganaba un escaso sustento. Sin embargo, desde que sólo trabajaba para él, trabajó sin esperanza, su salud decaía por instantes; de modo que, justamente al año de su regreso, experimentó un desfallecimiento general, enfermedad que le debilitó gradualmente, hasta que se vió obligado á estarse siempre en casa, primero en una silla, y al fin en su lecho. Y Enoch soportó su debilidad alegremente. Porque, en verdad, el encallado náufrago no experimenta más placer al divisar, á través de las grises faldas de una soberbia ráfaga de viento, el bote que conduce la esperanza aproximarse á salvar la vida que ya se consideraba perdida, que el que Enoch experimentó al ver la muerte amanecer sobre él, y con ella el término de todo.

* * *

Porque detrás de esa suprema aurora brillaba para él una dulce esperanza. Enoch pensaba: — « Anita sabrá después de mi muerte, que la amé hasta el fin. » Llamó á Miriam Lane y le dijo: — « Mujer, tengo que comunicaros un secreto, pero antes que os lo diga, jurad sobre el Santo Libro no revelarlo hasta que me veáis muerto. » — « ¡ Muerto! » exclamó la buena mujer; « ¿ qué estáis

diciendo, hombre? Os aseguro que os habeis de poner bueno muy pronto.» — «Jurad», añadió Enoch con dureza; «jurad sobre el Libro.» Y Miriam juró medio amedrentada. Entonces Enoch, fijando los ojos sobre ella, le dijo: — «¿Conocisteis á Enoch Arden, vecino de este puerto?» — «¿Si le conocí?» respondió ella. «Su rostro me era por cierto bien familiar, y lo reconocía desde bien lejos. Todavía me parece verle bajando por esta calle: llevaba siempre la cabeza erguida, y no se cuidaba de nadie.»

*
* * *

Enoch respondió lenta y tristemente: — «Su cabeza está inclinada, y nadie se cuida de él. Creo que no me quedan tres días más de vida; yo soy Enoch Arden.» Al oír lo cual,



la mujer dió un grito medio incrédulo, medio histérico. — «¡Vos Arden! ¡vos...! ¡oh, no! Arden era un pié más alto que vos.» Enoch repuso: — «Mi Dios me ha encorvado y me ha reducido á lo que soy; mis dolores y mi soledad me han abatido; sin embargo, sabed que yo soy el que se casó con.....»

Pero su nombre se ha cambiado dos veces..... Yo soy el que se casó con la que ahora es mujer de Felipe Ray. Sentáos y escuchadme.» Entonces le

refirió su viaje, su naufragio, su vida solitaria, su regreso, como contempló el rostro de Anita y fué testigo de su felicidad, su resolución de nunca hacerla saber que aun vivía, y como la cumplió. A medida que la buena mujer oía, fluía abundantemente de sus ojos la corriente de sus lágrimas, mientras que en su corazón ansiaba salir de su casa, y correr inmediatamente por todo el puerto, proclamando la vuelta de Enoch Arden, y refiriendo sus infortunios; pero amedrentada y ligada por su promesa, se reprimió, diciendo solamente: — «¡Oh! ¡Ved á vuestros hijos antes de morir, Arden! ¡Permitidme que os los traiga!» Y se levantó, ansiosa é impaciente de traerlos, pues Enoch pareció por un momento suspendido de sus labios; pero luégo replicó:

*
* * *

— «Mujer, no me atormentéis ahora que mi fin está cercano, dejadme mantener mi resolución hasta morir. Sentáos de nuevo, prestad atención, y comprendedlo todo bien mientras que aun puedo hablar. Os encargo que cuando la veáis, le digáis que morí bendiciéndola, rogando por ella, amándola, salvo por el obstáculo que se halla entre nosotros, amándola tan tiernamente como cuando descansaba su cabeza al lado de la mía. Y decid á mi hija Anita, á quien ví tan parecida á su madre, que mi último aliento lo empleé en bendecirla y rogar por ella. Y decid á mi hijo que morí bendiciéndole. Y decid á Felipe que le bendije también; siempre se sintió animado de los

mejores deseos hacia nosotros. Si mis hijos, que apenas me conocieron vivo, desean verme muerto, dejadles venir, pues soy su padre; pero ella no debe venir, pues el recuerdo de mi rostro de muerto haría en adelante melancólica su existencia. — De entre todos los míos, sólo uno me espera para abrazarme en el otro mundo; este pelo es suyo, ella lo cortó y me lo dió: lo he llevado siempre conmigo, y pensaba llevarlo conmigo al sepulcro, pero ahora he cambiado de propósito, porque le voy á ver..... voy á ver á mi hijo en la gloria. Por eso, cuando yo muera, tomad ese rizo y dádselo; tal vez eso la anime y consuele: será además para ella una señal de que yo soy él. »

* * *

Cesó de hablar, y Miriam Lane dió una respuesta tan voluble, prometiéndolo todo, que de nuevo fijó él los ojos sobre ella repitiendo todo lo que deseaba, y de nuevo Miriam lo prometió todo.

* * *

La tercera noche después de esto, mientras que Enoch dormitaba pálido é inmóvil, y Miriam velaba y dormitaba por intervalos, dejóse sentir un rugido tal del mar, que resonaron todas las casas del puerto. Enoch despertó, se incorporó, extendió los brazos, gritando con fuerte voz: — « ¡ Un buque!, ¡ un buque! ¡ me salvé! », y cayó de espaldas. Esas fueron sus últimas palabras.

* * *

Así dejó la tierra aquella alma fuerte, aquella alma heróica.

Y pocas veces se vió en el puertecito un entierro tan magnífico como el de *Enoch Arden*.

